

se hace evidente al leer el último fragmento del libro, casi una declaración programática: «360. Escribir la última línea de un manuscrito produce una sensación extraña: damos por terminado algo que sentimos que está inacabado. Si fuéramos consecuentes nunca escribiríamos esta última línea que todo lo falsea. (La última línea)». Pese a los esfuerzos de Argullol por postular un libro abierto, dicho fragmento es prueba de lo contrario, una puerta cerrada cuya hoja iguala a la perfección el marco que lo asume: no se deja resquicio posible para nuevas lecturas.

Ello no impide que algunos de los aforismos posean ese destello de sabiduría e iluminación que les es propio. Por desgracia, no son muchos, ni siquiera los suficientes para disipar el efecto de ciertos lemas de tarjeta postal y un tono moralista que hacen de la lectura de este volumen una experiencia ambigua y decepcionante. Se han adoptado rasgos superficiales de la tradición aforística sin atender a sus impulsos originales, y el resultado es, ya se ha sugerido, una obra desconcertante, que queda a medio camino de ningún sitio y atañe muy poco al *corpus* literario de Argullol.

Julio Torri pertenece a la raza de los escritores ocultos. La frase tiene dos sentidos: quiere decir, por una parte, que Torri es un escritor para iniciados y, por otra, que es un escritor enigmático, del que acaso se sabe poco o se quiere saber poco. Si el primer sentido de la frase se refiere a las cualidades propias de su obra, con o sin relación al contexto en que fue producida, el segundo tiene más que ver con el cuadro psicológico de sus lectores, a los que de tanto en tanto hace falta un poeta maldito o fatal incomprendido de obra escasa que viva el fracaso por ellos y sea joya preciada en las estanterías. Algo parecido sugiere Gabriel Zaid en su prólogo al hablar de la relación entre Alfonso Reyes y Julio Torri, teñida por oscuras proyecciones junguianas en el primero, y en el segundo por una fina ironía llena de perspicacia, que le ayudaba a intuir la impresión que causaba en otros. En realidad, de Torri se sabe lo suficiente como para desear que su reputación de francotirador literario no hubiera prosperado nunca: fue individuo activo en diversos ambientes, entre ellos el universitario, al que estuvo ligado durante medio siglo, su nombre aparece en todos los estudios y manuales de la literatura hispanoamericana en relación a dos libros, *Ensayos y poemas* y *De fusilamientos*, que le ganaron un prestigio temprano por su humor refinado y paródico, y su influencia parece evidente en escritores de la talla de Borges o Monterroso, cuyo gusto por la concisión y la aleación de diversos géneros en un solo proyecto de escritura son vástagos directos de la obra del mexicano. Miembro del Ateneo de la Juventud y compañero de generación de Vasconcelos, Reyes y Henríquez Ureña, entre otros, Torri bien pudo ser un enigma en lo que se refiere a su persona, y es aquí donde

los vapores de la leyenda son más difíciles de disipar. Gabriel Zaid ha escrito un admirable prólogo a este respecto, que dilucida razones y posibles orígenes de este afán, acaso subconsciente, de mixtificación. En el contexto de una generación abocada a la acción y la propaganda de ideas y obras, Torri representa un caso aislado de contención y silencio, de sabiduría expresiva y mutis por el foro sobre el que sus semejantes proyectaron hipótesis e interpretaciones, dudas y conjeturas, palimpsestos de lecturas y pies de página sin justificación aparente. Son las reacciones primeras ante un espíritu que, como el propio Zaid concluye, «se adelantó a sus compañeros en la creación de unos textos inusitados, por los cuales era visto como una especie de Paganini: el virtuoso que esconde algo vicioso, quizá un pacto con el diablo». Bibliófilo, seguramente misógino, joven prodigio (los adjetivos, como suele ocurrir, se engendran unos a otros y crean una espesa cortina de humo); es muy posible que, en consecuencia, el lector susceptible olvide la abundancia de datos biográficos que Zaid ofrece en este libro y retenga la imagen de Torri como figura oculta y heterodoxa, *ángel caído* tras ese aire a lo joven Joyce meridional que ostenta en la fotografía de la solapa.

Lo cierto es que Torri escribió poco: sus obras completas se resumen en escasos volúmenes: tres libros, publicado en 1964, al que en esta nueva edición, que adopta el título de su segundo libro, *De fusilamientos*, se suman las prosas dispersas y rescatadas del póstumo *El ladrón de ataúdes. La literatura española* (1952) y *Diálogo de los libros* (1980), compilado este último póstumamente por Serge I. Zaitzeff. No publicó sino lo necesario, y su juicio para distinguir el metal de la ganga fue por lo general acertado. La anomalía otorga prestigio, como en los casos muy diversos de Juan Rulfo o Jaime Gil de Biedma. A esta primera extrañeza se suma una segunda. Los textos que conforman *De fusilamientos* no pasan en casi ningún caso de las dos páginas, y por lo común se quedan en media. Brevidad en lo general y lo particular. Cada texto y cada palabra tienen su lugar y su justificación, que no excusa: incluso en aquellos textos que Torri no llevó a imprenta en vida advierte el lector una destilación de motivos y elementos que los hacen irreductibles, una fragilidad de resistentes que es su mejor baza para sobrevivir.

El elemento natural de Torri es la parodia y, como se sabe, la verdadera parodia va destinada a unos pocos iniciados provistos de claves y referencias. Su gusto por el fragmento y la concisión viene justificado y, quizá, provocado, por un conocimiento profundo del pasado literario, que lo arroja a la periferia del comentario y la glosa. En Torri, este destierro de monje copista del que hablábamos al comienzo del artículo es literal: un número